



# APOLOGIA DEL CATECISMO

ESCRITA PARA LA

**Escuela Nacional de Niños de Campo y Santibáñez (León)**



CURSO 1953 - 54

Hay un libro de gran prez  
que altos principios formula:  
libro que sólo circula  
en manos de la niñez.

Libro sublime, que cuenta  
por miles sus ediciones,  
que lleva en los corazones  
la fe que el hombre sustenta.

En sus páginas encierra  
tan sana filosofía,  
que con sus preceptos guía  
nuestros pasos en la tierra.

Un libro que el sabio admira  
y el ignorante desdénia;  
de la verdad nos enseña  
la virtud nos inspira.

Las leyes del Cristianismo  
que hacen al hombre dichoso,  
nos da ese libro precioso  
que se llama el «Catecismo».

El con claridad explica  
los más profundos arcanos  
los misterios sobrehumanos  
la gracia que santifica.

En él están consignados  
nuestros deberes morales,  
y los premios eternos  
para el justo preparados.

En él se encuentra la luz  
y la celestial doctrina  
de la Persona divina  
que nos redimió en la Cruz.



JT - F 1518

Bellas flores de la infancia  
que en este siglo aturrido  
ni penas habéis sentido  
ni del mundo la inconstancia.

Tiernos niños que crecéis,  
aspirando las delicias  
de paternales caricias,  
único afán que hoy tenéis.

Tras esos días de calma  
que se deslizan risueños  
entre cándidos ensueños  
y tantos goces del alma.

Vendrá un tiempo no lejano,  
que de importunas pasiones,  
vuestros puros corazones  
sientan el yugo inhumano.

Con la copa del placer  
tratarán de adormeceros;  
¡no abandonéis los senderos  
del honor y del deber!

Luchad hasta el heroísmo,  
en este combate rudo,  
bajo el poderoso escudo  
del sagrado Catecismo.

Del Bien Supremo va en pos  
quien sus consejos atiende,  
porque ese libro comprende  
toda la ciencia de Dios.

Retened en la memoria  
la doctrina salvadora  
de este libro, que atesora  
méritos para la gloria.

Sus páginas recordad  
y su divina enseñanza:  
con ella sólo se alcanza  
cumplida felicidad.

Y hallarán vuestros anhelos  
dichas de gozo fecundo;  
la paz del alma en el mundo  
el galardón en los cielos.

¿Habéis fijado la vista  
 en el repugnante tipo  
 de esos hombres degradados  
 por sus crímenes y vicios,  
 que todo lo malo aplauden  
 y del bien hacen ludibrio,  
 blasfemos que escandalizan  
 y a Dios insultan impíos?  
 —Pues tales hombres ignoran  
 lo que dice el Catecismo—.

¿Véis aquel joven modesto  
 tan obediente y sumiso  
 que amando a Dios y a sus padres,  
 vive feliz y tranquilo;  
 que a los mayores respeta  
 y es en el trabajo asiduo,  
 que de todos se grangea  
 la estimación y el cariño?  
 —Ese joven no ha olvidado  
 lo que enseña el Catecismo—.

¿Véis aquella mujer vana  
 que con procaz atavío  
 las leyes del pudor  
 ha dejado en el olvido,  
 a quien califica el mundo  
 de mujer de poco juicio  
 y que labra la desgracia  
 de su esposo y de sus hijos?  
 —Esa mujer no aprendió,  
 cuando niña, el Catecismo—.

¿Véis aquella linda joven  
 de candor modelo vivo  
 que es alegría y consuelo  
 de unos padres amantísimos  
 cuya intachable conducta  
 realza sus atractivos;  
 que las lisonjas mundanas  
 oye con tanto desvío?  
 —Esa joven aprendió,  
 con provecho, el Catecismo—.

Aquel venerable anciano  
 que supo honrar a su siglo;  
 cuyas virtudes se cuentan  
 por los años que ha vivido;  
 padre amante, fiel esposo,  
 buen hermano y leal amigo,  
 en el lecho del dolor  
 exhala el postrer suspiro,  
 recordando las lecciones  
 que aprendió en el Catecismo.

Y aquel otro desdichado  
 que espira en triste patíbulo,  
 cuyos crímenes atroces  
 le han arrastrado a tal sitio  
 lleno de remordimientos  
 con espíritu contrito  
 se confiesa de sus culpas,  
 mostrándose arrepentido  
 de no haber tomado nunca  
 en su mano el Catecismo.

Libro admirable que al cristiano instruyes  
 con tu santa doctrina bienhechora  
 y con tus puras máximas destruyes  
 del vicio la influencia seductora.  
 En nuestras almas sólo tú refluyes  
 la virtud que en su fondo se atesora.  
 Tus preciosas conquistas siempre veas,  
 y mil veces y mil ¡bendito seas!!!

Antonio Bedmar